

# ¿Por qué te suicidaste?

Arnoldo Kraus

*“Todo es falso excepto el suicidio”. Es esta la conclusión a la que llega el narrador de este relato. Su amiga, Elena, había estudiado filosofía y escribía una tesis universitaria con el tema del perdón. ¿Por qué esta mujer efusiva, dedicada a sus alumnos, entusiasmada por el mundo y sus misterios, decidió abandonar la vida?*

Elena se suicidó hace un mes. Vivía sola. Se colgó. No dejó ningún recado. Hasta donde sé, tampoco habló con nadie acerca del acto. Los suicidios trastornan todo. Siempre lo he sabido. Alteran más cuando quien lo comete no deja una pequeña misiva. Las palabras del suicida no curan pero disminuyen la orfandad de quienes se quedan. “Así es”, me digo mientras escribo, “quien se suicida y no comparte sus motivos hiere de por vida a sus seres cercanos. ¿Por qué te suicidaste?, ¿no tuve cómo saberlo o no quise saberlo?”.

Elena regresa y regresa. Desde hace tres noches la veo justo cuando apago la luz. Escribir, pienso, me ayudará a conciliar el sueño. Espero que la noche sea larga, tan larga como mi alma requiera verterse en el papel. Los suicidios trastornan todo. Por eso me escribo: la memoria del suicida interrumpe y pregunta. La memoria del vivo busca entresijos y recovecos en los recuerdos con tal de responder: ¿por qué te suicidaste?, ¿dónde he de buscar?, ¿acaso encontraré respuestas en las grietas de la memoria, en las palabras entremetidas en los recuerdos, en los pasos compartidos?

Los suicidios de amigos o familiares lastiman, preguntan, incomodan, remueven, agobian. Siempre lo he sabido. La última imagen del suicida, muerto o vivo, se adosa a la piel y a la vida. Se pega, te llama. Aparece en las mesas y en las bancas y en los sitios donde el occiso

estuvo. Te pregunta y aguarda tu respuesta y la de los seres cercanos.

La muerte siempre es definitiva, incluso, muchas muertes son deseadas. El final del suicida no siempre es definitivo, muchos suicidios son incomprensibles. El suicidio demarca un antes y un después: la vida compartida, la muerte no compartida, lo dicho, lo callado. Entre la soga y el último suspiro, entre la última bocanada de aire y la noticia, el mundo de ayer, el suicida se apersona, mueve, te mueve. Y pregunta, y te pregunta lo de siempre, lo de casi siempre: el suicidio, ¿es cobardía o valentía?

\*\*\*

A Elena la conocí un año antes de su suicidio. Era amiga de Javier, mi compañero de oficina en la Facultad de Filosofía. Tenía 27 años y estaba a punto de finalizar su maestría en filosofía. Poco a poco trabamos amistad. Compartíamos algunas lecturas, en ocasiones íbamos juntos al cine y cada dos o tres semanas nos reuníamos para tomar café o vino. Su amistad me nutría; nunca hicimos el amor. Era inteligente e intensa. Su tesis, me explicó durante una reunión en casa de Javier, versaba sobre el tema del perdón.



—Llevo cerca de dos años escribiendo mi tesis. El tema central es el perdón. Mucho se ha escrito sobre el asunto. Puedes abordarlo por diversas vías. Filosofía, ensayo, sociología, ética, periodismo, y, por supuesto, religión.

—¿Escribes sobre perdón y olvido?

—Ambos tópicos, es cierto, tienen amplios vínculos. Me he enfocado más en el perdón. Perdón y olvido es un binomio muy extenso, lleno de matices religiosos. Suficiente esfuerzo implica estudiar los vericuetos del perdón.

\*\*\*

Mayores agobios no tenía Elena (ahora estoy seguro de cuán equivocado estaba). La vida le sonreía (ahora estoy seguro de cuán equivocado estaba). Daba clases en la Facultad; su tesis, le aseguraban sus tutores, se convertiría en libro fundamental, “lo podrás publicar en una excelente editorial”, le decía el director de la Facultad; sus relaciones con sus padres y amigos eran excelentes. Gozaba algunos flirteos ocasionales. Cuando podía, salía al campo por dos o tres días, con compañeros de la escuela o de la preparatoria: “me renueva, me estimula, hablamos de todo y de nada”. Su rostro era hermoso. Más bella era su sonrisa y la facilidad con la que aparecía.

Ahora, mientras observo oscilando el cuerpo de Elena, sin tono, inerte, morado, más muerto que la misma muerte, ratifico cuán equivocado estaba. ¿De qué está uno seguro? Los suicidios cuestionan todo.

Elena: ¿fue adecuada tu decisión? Elena: ¿cómo interpretar el acto? Elena: ¿y yo?, ¿y Javier?, ¿y tus tutores?, ¿y tus amoríos?, ¿y los otros, tus otros?, ¿...?

El cuerpo del suicida exprime. Deviene monólogo sui géneris. Un monólogo a dos voces: el del occiso y el de quienes se quedan con el suceso. El monólogo del suicida termina justo en el segundo cuando la soga aprieta suficiente y la muerte sobreviene. Un segundo, dos segundos, no más. Cuando no hay cartas de despedida, el monólogo entre la cuerda (o la pistola, o las pastillas, o las vías del Metro) y quien se quita la vida excluye a los seres cercanos, los ignora, los margina, y, ¿cómo decirlo?, ¿los culpa?

Elena: ¿por qué no escribiste unas palabras?, ¿por qué no lo hiciste mientras reflexionabas sobre el perdón? Seguro no lo sabías ni te detuviste a pensarlo, querida Elena: sin adiós, sin las razones del final, el azogue de quienes te conocimos carcome. Y hay otras cosas: los muertos se llevan mucho, se llevan un poco de uno. Eso, se entiende. Y hay otros asuntos que quizás ignoras: los suicidas te llevan con ellos. Eso, no se comprende.

\*\*\*

Javier y yo platicamos sobre el suicidio de Elena varias veces. Platicamos es un decir. Él hablaba y yo deseaba escuchar mis palabras; yo hablaba y Javier deseaba oír sus ideas. Así sucede cuando ninguna explicación satisface.

—¿Qué piensas, Javier?

—¿Qué piensas, Miguel?

(Ambos cavilábamos, nunca llegábamos).

—Estoy muy consternado. Conocía bien a Elena. Fui su profesor el último año de la Facultad. Dirigí su tesis de licenciatura. Pronto forjamos una linda relación. Con pocos alumnos tengo relación extraescolar. Imposible no amistar con ella. Surgían y surgían temas comunes, escolares, de la vida, del amor. Publicamos dos trabajos en buenas revistas. Durante la elaboración de los manuscritos compartimos muchas horas, nos veíamos con frecuencia. Nunca, te confieso, tuve con ella contacto sexual. Los vínculos amistosos, los afectos y los flirteos que ambos teníamos con otras personas y de los cuales hablábamos hacían innecesaria la cama.

—¿Y? —le pregunté.

—Pues, ¿y? Elena nunca padeció depresión, le gustaba dar clases, hacía ejercicio, sus alumnos la apreciaban, desbordaba pasión, su tesis, lo sé, corría muy bien, sus compañeros de la Facultad la querían... ¿y?

—Pues nada, tus ¿y?, y mis ¿y? son eso, puntos suspensivos, preguntas sin respuesta. No la traté tanto como tú, pero, la conocí bastante. Trabamos una gran amistad. Nos queríamos. Haberla conocido me deja muy intranquilo. ¡Cómo me hubiese gustado percatarme de actitudes anómalas! ¿Y?, ¿cómo saber? ¡Qué difícil es conocer el alma! —le dije a Javier antes de despedirme.

Mientras caminaba de regreso a casa, sin deseos de llegar —sabía que Elena me impediría conciliar el sueño—, entré a la cafetería donde solíamos vernos y escribí unas líneas más.

Ha pasado un mes desde el suicidio de Elena. No dejo de pensar en el suceso. Las semanas previas la vi tres o cuatro veces; tres días antes tomamos café, ambos teníamos prisa. A pesar del poco tiempo el encuentro fue lindo. Hablamos de cine y de su tesis. De la sabiduría del perdón. Y filosofamos acerca del perdón: “el olvidado”, me dijo, “es obra del tiempo, el perdón, un acto voluntario, del alma”.

Nada extraño llamó mi atención. Fue, como siempre, afectuosa. A Elena, al igual que a mí, le gustaba tocar, acercarse. Ese día lo hizo más que en otras ocasiones. Fue muy efusiva. Nos despedimos con afecto, nos abrazamos y acordamos ir a cenar en una semana. Al despedirnos me observó unos segundos. Guardó silencio antes de decir adiós.

Su suicidio me ha consternado. Se entra en la vida, no se deja la vida. Mucho ha removido. No había afrontado nunca un hecho similar. La consternación parte de mi incompreensión. Elena se apersona todos los días. Sus rasgos y gestos aparecen con frecuencia. Sentado, reparo en los cuadros, las lámparas, las mesas, los rostros de los meseros, la música de fondo. En esa cafetería me encontré muchas veces con ella. Mientras observo en silencio la decoración veo a Elena sentada enfrente de mí. La veo. Revivo el momento: ambos observamos lo mismo, ambos compartimos el tiempo, ambos fuimos y regresamos al baño, al revistero, a la mesa de los vecinos. Miramos lo mismo y nos miramos: las vidas, pensé, se cruzaron. Y yo creí estar con ella. Y no estuve con ella. Y ahora lo sé: todo es falso excepto el suicidio. **u**

